

Editorial

Revista Formativa EducAcción Sentipensante
Escuela de Ciencias de La Educación
Vol. 6 No. 1, 2026

Educación en tiempos de tensión: Una lectura crítica desde los márgenes y el centro de nuestro territorio

Juan Carlos Acosta López
Editor General

EducAcción Sentipensante

<https://orcid.org/0000-0001-5464-8476>

juanc.acosta@unad.edu.co

Colombia tiene una relación tensa con su propia promesa educativa. En las últimas tres décadas, el país ha reformado su sistema de enseñanza con una insistencia que contrasta con la persistencia de sus desigualdades estructurales. La Constitución de 1991 consagró el derecho a la educación y reconoció la diversidad cultural como un activo colectivo; no obstante, ese reconocimiento no se ha traducido en transformaciones curriculares sostenidas. La Ley 70 de 1993 ordenó incluir la Cátedra de Estudios Afrocolombianos en todos los niveles de la educación formal, y su implementación, en la gran mayoría de los casos, sigue dependiendo más de la iniciativa de docentes individuales que de una política pedagógica consolidada. Los sistemas de evaluación estandarizada ubican al país por debajo del promedio regional en comprensión lectora y pensamiento matemático, pero los análisis sobre estos resultados rara vez interrogan de manera sistemática qué versión del conocimiento se evalúa, para qué sujeto fue diseñado el currículo que los produce y a qué concepción de calidad educativa responde ese diseño.

A este escenario se suma una transformación tecnológica que ha reconfigurado no solo los medios de enseñanza sino las condiciones en que docentes y estudiantes producen, acceden y validan el saber. La inteligencia artificial generativa, la plataformización de la educación y la proliferación de herramientas digitales de bajo costo han llegado a las

instituciones con mayor rapidez que las políticas capaces de regularlas o de dotarlas de sentido pedagógico. La respuesta institucional ha sido, en el mejor de los casos, desigual. En algunos contextos se ha asumido la adopción masiva de tecnología como sinónimo de innovación educativa; en otros, la ausencia de infraestructura y de formación docente específica ha convertido la digitalización en una forma de austeridad presentada como modernización. En ambos extremos, la pregunta central sigue sin respuesta clara sobre para qué y para quién se transforma la enseñanza cuando se transforma.

A esta complejidad se añade la llegada de la neurociencia al campo pedagógico, que ha traído consigo tanto herramientas conceptuales valiosas para comprender el aprendizaje como una circulación acelerada de simplificaciones que reducen el acto educativo a procesos cerebrales aislados. El entusiasmo por la neuroeducación, la autorregulación cognitiva y el aprendizaje basado en el cerebro coexiste, con frecuencia, con condiciones laborales docentes que hacen difícil sostener cualquier marco pedagógico con la consistencia que requiere. Investigar desde la formación, en este contexto, implica asumir una posición desde la cual no se observe el sistema educativo desde afuera para describir sus fallas, sino que se trabaja desde adentro del proceso para formular preguntas que el campo necesita escuchar. Ese es, precisamente, el tipo de producción que recoge este número de *EducAcción Sentipensante*.

La investigación de Sara Isabel Escobar Jurado y Tatiana Egea Arciniegas parte de un reconocimiento que suele omitirse en los debates sobre calidad educativa. El docente no es solo un operador de metodologías sino un sujeto en permanente formación cuya capacidad de liderar procesos de cambio depende, en buena medida, de cómo se le forma a él mismo. A través de un estudio de caso con enfoque cualitativo descriptivo-reflexivo, las autoras analizan la contribución de la Diplomatura Liderazgo Transformacional al fortalecimiento de la ruta del docente PRISMA de la UNAD, encontrando que la experiencia fortaleció competencias relacionadas con la comunicación asertiva, la gestión del conocimiento y las habilidades socioemocionales. La articulación que proponen entre liderazgo transformacional y heutagogía abre una pregunta que el sistema educativo colombiano debería hacerse con más frecuencia: ¿cuánta de la inversión destinada a mejorar la calidad educativa llega efectivamente a fortalecer la autonomía profesional del docente, y cuánta se queda en el diseño de protocolos que otros deben ejecutar sin mayor margen de apropiación crítica?

Por otro lado, desde una revisión documental de literatura académica publicada entre 2020 y 2025, Viviana Solbey Díaz López y Diana Reyes Flórez examinan los

aportes de la neuropedagogía al aprendizaje autónomo en básica primaria urbana. Su trabajo es riguroso en dejar claro que la neuropedagogía tiene valor formativo real únicamente cuando se traduce en mediaciones didácticas observables, articuladas con el clima emocional del aula y con procesos auténticos de metacognición, y cuando se mantiene a distancia crítica de los neuromitos que simplifican el funcionamiento cerebral para hacerlos aplicables sin mayor mediación pedagógica. En Colombia, donde la investigación sobre prácticas pedagógicas en el aula urbana es escasa y donde las condiciones estructurales de los centros educativos varían de forma dramática entre territorios y estratos, este tipo de revisiones cumple una función orientadora y pedagógica.

De manera similar, el artículo de César Augusto Victoria Arce propone la neuroheutagogía como marco conceptual para articular la neurocognición social con la ciudadanía digital y la protección de los derechos humanos en América Latina. La propuesta merece leerse con atención y también con cautela crítica. Identificar bases neurobiológicas en procesos como la empatía, la cooperación o la percepción de la justicia es un avance de la neurociencia social que abre posibilidades pedagógicas reales; sin embargo, el riesgo de naturalizar fenómenos estructurales mediante explicaciones cerebrales no debe subestimarse. El autor es consciente de ese riesgo y lo gestiona anclando su análisis en las brechas digitales concretas que persisten en la región. Que la exclusión digital tenga impacto en la salud mental y en la cohesión social es una afirmación que en Colombia debería traducirse en política pública con más urgencia de la que se le ha otorgado hasta ahora.

El trabajo de Omary Alexandra Chaves Molina expone una deuda del sistema educativo colombiano que no se salda con declaraciones de política ni con la inclusión simbólica de fechas conmemorativas en el calendario escolar. Su investigación hermenéutica en la Institución Educativa Santa Cruz de Policarpa, Nariño, identificó imaginarios sociales afrodescendientes marcados por estereotipos, racismo interiorizado y folclorización, y al mismo tiempo evidenció que el currículo de ciencias sociales reproduce enfoques eurocéntricos que invisibilizan los saberes ancestrales de estas comunidades. El diseño de la estrategia didáctica “cartografías de la voz”, fundamentada en el Aprendizaje Basado en Proyectos con enfoque decolonial, aporta una respuesta concreta a una pregunta que el sistema educativo colombiano lleva décadas evadiendo sobre cómo hacer que la Cátedra de Estudios Afrocolombianos sea una transformación pedagógica efectiva y no una obligación curricular cumplida en el papel.

La revisión integrativa de Yesid Alexander Garces Pulido y Omar Leonardo Leyton Mendieta analiza en qué condiciones la innovación frugal digital fortalece el acto educativo y bajo cuáles lo empobrece. Su distinción entre frugalidad educativa y austeridad educativa es uno de los aportes conceptuales más importantes del número. La frugalidad reorganiza los recursos disponibles para ampliar capacidades y derechos; la austeridad normaliza la insuficiencia y la convierte en modelo. Cuando el Estado colombiano reduce la brecha digital distribuyendo dispositivos sin conectividad real, o cuando las plataformas educativas privadas desplazan la presencia docente sin reemplazar su función pedagógica, no estamos ante innovación frugal sino ante una forma de austeridad que utiliza el lenguaje de la modernización. Esta revisión, construida sobre 37 artículos arbitrados publicados entre 2019 y 2025, ofrece categorías analíticas que el diseño de política educativa en Colombia necesita incorporar con urgencia.

Leidy Nathalie Ortiz Gómez, Elizabeth Bolaños Erazo, Lorena Rosero Fuelantala y Harold Andrés Aguilar también presentan una revisión sistemática en la que examinan la producción académica nacional sobre educación económica y financiera dirigida a niñas y niños de 4 a 9 años, publicada entre 2014 y 2025. Los hallazgos revelan un campo en construcción, con predominio de enfoques constructivistas y estrategias lúdicas y artísticas, pero con vacíos persistentes en articulación curricular, participación familiar y profundidad conceptual de los contenidos. Esta investigación hace visible que formar criterios económicos y financieros desde la infancia tiene implicaciones que van más allá de la educación para el consumo responsable, y que en un país donde la reproducción intergeneracional de la pobreza obedece a patrones estructurales documentados, postergar esa discusión tiene costos reales sobre las posibilidades de vida de las personas.

La reflexión filosófica de Camilo Andrés Polo Montealegre sobre transhumanismo, inteligencia artificial y dignidad humana cierra el número con preguntas que, al igual que nuestros artículos anteriores, no admiten respuestas rápidas. En un momento en que la IA generativa transforma la manera en que se produce, se evalúa y, en algunos casos, se sustituye el conocimiento académico, una reflexión que interroge los límites éticos y antropológicos de esa transformación resulta más que necesaria. El autor no propone un diagnóstico cerrado ni ofrece soluciones técnicas; propone sostener la incomodidad filosófica como condición para pensar con rigor. La educación colombiana, que apenas empieza a formular posiciones institucionales coherentes sobre el uso de la inteligencia artificial en el aula, requiere ese tipo de pensamiento crítico para no confundir adopción tecnológica con transformación educativa, ni eficiencia computacional con calidad pedagógica.

Para cerrar esta editorial, los invito a reflexionar sobre la investigación formativa ya que esta tiene una condición que la distingue de otras modalidades de producción académica y que con frecuencia se subestima en los debates sobre impacto y calidad científica. Quien investiga desde la formación lo hace mientras aprende a hacerlo, y esa simultaneidad no es una limitación que deba disculparse sino una característica epistémica que define el tipo de conocimiento que se produce. Los artículos de este número son evidencia de esa condición. Surgen de preguntas formuladas desde posiciones concretas en el sistema educativo colombiano, desde aulas y territorios específicos, desde tensiones que los autores no observan desde afuera sino que habitan. Esa proximidad con el objeto de estudio genera, cuando se gestiona con rigor metodológico, una comprensión de los procesos educativos que la investigación externa rara vez alcanza. Publicar este tipo de trabajos es, desde la perspectiva editorial de *EducAcción Sentipensante*, asumir que el conocimiento producido mientras se aprende a producirlo tiene un lugar legítimo en la conversación académica, y que ese lugar no puede reducirse a un estadio previo a la investigación consolidada. Reconocerlo es, también, una forma de hacer justicia epistémica con quienes investigan desde la formación.

A las autoras y autores de este número, el agradecimiento por la confianza, el rigor y la disposición de investigar desde donde están. A quienes nos leen, la invitación a hacerlo con la misma honestidad con que estos trabajos fueron escritos.

